

DEFENSOR DE ALBACETE

Periódico independiente

DIARIO DE LA TARDE

Oficinas: Mayor, 47

Año XXVIII.—Número 7.073

Director-propietario: ELISEO RUIZ

Dirigase la correspondencia al Apartado de Correos número 19

Miércoles 8 de Abril de 1925

NOTAS DEL DIA

Los buenos administradores

Se tenga el concepto que se quiera del Estado, bien considerando que la entidad suprema jurídicamente ordenada tiene el deber de protección a los cobijados en el concepto de nacionalidad, bien quienes como Duguít crean el pago de contribuciones e impuestos, significa como el pago de prima o cuota de una póliza de seguros, bien extienda el Estado su acción hasta los íntimos detalles del patrimonio familiar o de la beneficencia privada, bien se limite a ser un Estado gendarme para el solo mantenimiento del orden, en todas las concepciones políticas el Estado aparece como un administrador de la cosa pública.

A tal extremo que al conjunto de los organismos que integran el Estado se llama Administración pública y la más importante actuación es la que se relaciona con la confección y cumplimiento de los presupuestos nacionales.

Las cifras tienen para el Estado todo el secreto encanto de una revelación. La Hacienda, mirando a las arcas del Tesoro y a la importancia de su deuda, advierte a los ciudadanos de su prosperidad. Por eso ponen empeño todos los políticos en ser buenos administradores. Pero vamos a ver si administran bien.

Conozco un Grande de España, poseedor de inmensa fortuna, muy bien orientado en cuestiones sociales públicas, y extraordinariamente simpático, porque a la nobleza de sangre une la nobleza de corazón, que para la buena marcha administrativa de sus asuntos propios jamás intervenía la cuenta de sus administradores. Solo les imponía una condición: que cada año, aun en cantidad insignificante, los ingresos fuesen mayores de los del año anterior. Cuando alguien preguntaba a este propietario procer si con tal procedimiento no estaría expuesto a que los administradores le ocultaran ingresos o le forzaran artificialmente las cifras de los gastos, él respondía, flemático, que todo administrador gastaba siempre más de lo que podía y debía, por lo que a él solo le interesaba que las rentas no disminuyesen, sino, por el contrario, que cada año aumentasen un poquito. Este noble no se paraba a escuchar la opinión de sus colonos y trabajadores, de sus arrendatarios, y así no podía escuchar, como escuché yo varias veces por casualidad, que estaban ahogados y oprimidos por los aumentos escandalosos de sus arriendos, en los que a buen seguro el mayor beneficio correspondía al avisado administrador del título español.

El Estado tiene la misma teoría caprichosa. Cuando las arcas del Tesoro están llenas, cuando la cifra de los ingresos sufre una elevación de nivel con respecto a los años anteriores, el Gobierno se frota las manos y le dice a los ciudadanos: ¿No veis que buen administrador soy? Te ha llenado, pueblo español, de oro, las arcas de la Administración pública. El crédito nacional está muy alto y los valores de la deuda se cotizan con prima.

La felicidad pública está pues tan próxima que solo falta el canto de un duro para que se ponga en contacto con el pueblo. Mas ¡ay! que

estos buenos administradores que solo en la magnitud de los ingresos confían, olvidan que para lo económico de un pueblo tienen más valor las cifras de los gastos.

El ciudadano, abrasado por la aplicación de impuestos múltiples, oprimido hasta la extenuación por la mano del fisco, tiene su economía en proporción inversa a la del Tesoro y cuanto más rica sea la Hacienda Pública, y más dinero acumule en sus arcas, más pobre es la economía del ciudadano y cuenta con menos disponibilidades.

La buena administración no está, pues, en cobrar más, sino en gastar menos. Y cuando la prudencia en los gastos determine la reducción en los impuestos, el Estado será más pobre, pero los ciudadanos serán más ricos. Esta y no otra debe ser la teoría de la buena Administración pública. Por eso muchos historiadores consideran que Carlos III no fué un modelo de buena administración, a pesar de que en su reinado el oro se acumulaba en las arcas de la Hacienda.

No olviden nunca los gobernantes que todos los administradores, en el ejercicio de su misión, no hacen otra cosa que mover entre sus manos los bienes ajenos.

JUAN DE ALFARACHE

SUCESOS

FALLECIMIENTO

Según comunican de Almansa, ha fallecido, en el Hospital de aquella ciudad, el mozo suplementario de la Compañía de los ferrocarriles de M. Z. A., Felipe Collado, que fué arrollado por un mercancías en la estación de Bonete, suceso de que dábamos cuenta ayer.

La humana flaqueza

Pedro, el discípulo amado, el apóstol predilecto, el que recibió las puras enseñanzas del Maestro, el que ofreció respetar sus admirables preceptos y defender sus doctrinas con inextinguible celo, tres veces niega a Jesús en los críticos momentos en que los humanos jueces víctima hacen de sus yerros al que de toda justicia es fiel y diáfano espejo Jesús lo advirtió al discípulo, que él descubre los secretos de las almas y conoce de los hombres los defectos. Cantó el gallo, y el apóstol, su flaqueza comprendiendo, llora con ardientes lágrimas su ingrato comportamiento... De la vida en los azares, la humanidad, como Pedro, niega también cuanto es digno de absoluto acatamiento, por una pasión impura, por un mundano respeto, y tan solo cuando el grito de nuestra conciencia, enérgico nos acusa, lo punible de nuestra conducta vemos y hacia la virtud hermosa vuela rauda el pensamiento.

FERNANDO FRANCO.

Defensor de Albacete

es el diario de mayor circulación de la provincia.

DE COLABORACIÓN

Las dos veneraciones

Si alguna vez, rebuscando en el fondo de un mueble antiguo, que por azar ha llegado a ser vuestro encontráis en él un montón de flores marchitas, contempladlas con profundo respeto. Rendidas, si es que podéis el homenaje que es debido a las glorias que se van, a las tiernas melancolías que se alejan, a las cosas serenas que fueron y a los aromas que se evaporan.

Exuberante de color y de vida, hubo alguna de aquellas flores que esparció su aromosa fragancia un día sobre el tibia y opulento seno de una mujer. Los pétalos amarillentos de esotra cayeron acaso lánguidamente sobre las cruces de unos dedos crispados y se agostaron al fulgor de unos cirios. Aquellas violetas que hoy son cenizas cárdenas, se columpiaron sobre unas siénes y formaron parte de un nimbo; las clemátidas representaron acaso ofrenda ante un ara; los heliotropos fueron desmenuzados por la impaciencia; los geranios de hierro debieron tal vez su color encendido al trémulo beso de unos labios febriles de pasión y arrebatado.

Descubrios ante esas flores; son el pasado. Y después que las hayáis rendido el tributo que se rinde a las majestades que pasan, volved la cabeza al jardín susurrante, donde otros pétalos se colorean y otros cállices se columpian y otras flores gentiles se aprestan a simbolizar la vida triunfal que amenaza.

Si recorreis los viejos claustros de nuestras Catedrales, en donde aun parece escucharse el rezo místico conventual si veis la sombra de los ventanales recor tarse en rosetones y ojivas sobre las losas húmedas de los pórticos, en que aun parece resonar el metálico choque de doradas espuelas; si recorreis las naves del templo y miráis frente al presbiterio el sepulcro en que los esforzados varones duermen sueño de piedra, y veis las gradas de los altares desgastadas por los ósculos de las mujeres enlutadas que caldearon con sus lágrimas el frío de los mármoles de colores sangrientos; si al caer de la tarde dais la vuelta a los carcomidos y arenosos ábsides que se ensanchan en semicírculo como diademas rotas, y ereis escuchar junto a las estrechas callejas choques de espadas templadas en ríos heróicos y tintineo de untuosas doblas; si alzáis la vista y divisáis sobre la torre enhiesta, llena de ojivas tumidas y alcatados y signos masónicos, la sombra augusta de la cruz, descubrid vuestras frentes. Aquello es el ayer que desaparece, la idealidad que se transforma, el pasado que nos punza con sus dolientes quejas. Esas sensaciones que parecen sobresaltos, son el tributo que tenéis que rendir a una idealidad en su ocaso.

Pero cuidad de volver la vista al campo que florece, a los cielos que centellean, a los nuevos alcázares del progreso que sobre las ruinas polvorientas se alzarán y humean sobre la nueva ciudad portentosa. Habels rendido homenaje a la muerte. Ahora pensad en la nueva vida.

Si hojeáis uno de esos libros en que una generación encontró las palpitaciones de su espíritu conturbado, en las cuales os ciega el dorado polvo de las alas del genio, que sobre ellas se cernieron vibrantes sí, al lado de las bellezas imponderables que os asombran, encontráis las monstruosidades que os conturban, como halláis los grotescos informes zoológicos junto a los haces gentiles de columnas que en las bóvedas se abren y deparraman; si al pasar esas paginas polvorientas, con mano nerviosa, creis sentir en vuestros oídos

el grito de aquellos guerreros inflexibles que alzaron murallas y cubos y puertas almenadas, el murmullo de aquellos ascetas ceñudos que pasaron en filas salmodianas por los helados claustros, las voces de los caballeros que esculpieron sus armas en las impostas y en los claves y en los arcones y en los viejos infolios, que hicieron del honor teodiceo y de la tradición relicario; si llegáis al final y sentís eco de aplausos muy lejanos, rumor de vitores que se apagan, unid vuestro aplauso al aplauso y vuestro sincero vitor al vitor. Aunque libre es la voz que se aleja, la rotunda verdad que se amortaja es fecunda crisálida, la comprensión de un mundo que no es el vuestro, pero que ha sido bello, que ha sido solemne, que ha vivido la vida humana, en fin.

Pero después que os hayáis descubierto y hayáis tributado al autor el debido homenaje, volved a los estantes que se yerguen a vuestra espalda, henchidos de savia y de jugo y de luz, saludad contentos el porvenir y tomad en las manos el libro nuevo.

ANTONIO XEZAYA.

JUSTICIA

Todas las obras de Cristo, que la devoción cristiana recuerda en estas horas, estuvieron siempre inspiradas en la justicia más completa. Porque sin justicia no tendrían los actos del Redentor su altísimo significado.

He ahí el lema que debiera ser base de todos nuestros propósitos, y que, sin embargo, se descuida bastante en la vida cotidiana.

Por este abandono de la justicia, el mundo sufre tantos sinsabores y tantas vergüenzas.

Jesús dijo que concedería la eterna mansión a los justos; sólo ellos merecen gozar las infinitas bienandanzas.

Sea en la tierra como en el cielo. Triunfe la justicia y cesarán muchos males que dañan a la humanidad.

No siendo justos, las otras virtudes semejarán señuelos ridículos, mascarillas de la vida, que intentan ocultar, en vano, la mueca triste de nuestras imperfecciones.

ERNESTO M. TEBAR.

GETHSEMANI

Ya es de noche. Denso velo valles y colinas viste; triste está la tierra, y triste el azul que forma el cielo.

Como virgen prometida que en sueños de amor se mece, Salén reposar parece profundamente dormida.

Solo allá por un camino que conduce a un olivar, se vé una sombra pasar; ¡es el Redentor divino!

Llega; y en honda oración cae en la tierra de hinojos, y se le inundan los ojos con llanto del corazón.

Y es tan terrible su duelo y son tan hondas sus penas, que hasta se le abren las venas y riegan con sangre el suelo.

¡Ay! tan rudo es su penar que allí mismo se muriera, si un ángel no le viniera desde el cielo a consolar!

Salva ¡oh, Dios mío!, a la raza que apostatando de Ti a un nuevo Gethsemani con sus odios te amenaza.

Ve que ya marca su huella junto al borde del profundo. Tú, que redimiste al mundo, ¿quó la redimiste a ella?

P. GRACIANO MARTINEZ

LA MAGDALENA

Galilea ostentaba su magnificencia entre las floraciones de una naturaleza impenetrable y serena, donde sonreía a la vez el brillo voluptuoso de las rosas y la potencia de un sol mágico que velaba al acontecimiento de una edad nueva y extraordinaria.

La ciudad de Jerusalén aparecía desde lejos empujueñecida y negruzca, orlada de rojo por los reflejos del sol moribundo de Abril.

La llanura, que llegaba a la ciudad, era gris, cubierta de polvo y de malezas. En medio de la llanura, un camino estrecho y pedregoso, venía a morir en una plaza sombreada de cipreses y mirtos.

El camino de malezas pasaba por su recorrido por algunos sotos de floración maravillosa, olorosos de tomillo y espliego, y junto a los altozanos, de donde brotaban los verdes retoños de las vides tempranas.

Por el sendero que llevaba a la ciudad caminaba una mujer entristecida que llamaban Maria Magdalena.

Era extranjera en aquella tierra. Había dejado sus valles amados, donde oyó el píar tranquilo de las aves y el canto matutino de la alondra entre los lozanos oteros de Benezareth, para escuchar la palabra divina de un Nazareno, que atendía por el nombre de Jesús.

Un cambio marcadísimo se había operado en ella desde que una mañana del mes de Abril había visto al Rabbí el predicador de los aforismos sonoros, que pronunciaba sus sentencias con voz de oro y hablaba de perdones, de amor y caridad.

Caminaba silenciosa, devanando en su cabeza la madeja de sus ensueños enamorados.

Ni adorno ni joyel traía en sus ropas. Su hermosa figura se perdía bajo los paños morados, gruesos y toscos, que la envolvían, cegando, al ocultar el talle, su gracia y su esbeltez de siria.

Una toca alba y fina cubría su frente y sus dorados cabellos, más rubios que los gajos de albillo dulce, maduro por el sol de Silvam. Desde los pómulos le bajaba hacia el aldar un rígido y tupido velo, que ocultaba casi por completo su rostro infantil, que parecía hecho con miel y leche.

Su paso era lento. A veces detenía su marcha, extasiada en el recuerdo de su vida pretérita, cuando oficiaba de cortesana en la ciudad, y su corazón dolorido de su vergüenza, le latía apresuradamente y parecía querer escapar de su pecho.

No podía resistir el impulso, mitad divino, mitad humano, que le empujaba hacia Él; se le deshacía su voluntad de penitencia con el recuerdo del amado, y un día sereno y cálido, en que el jubilo del sol se derrochaba ardiente en las cuajadas ramas de los frutales tiernos, cuando Jesús salía de la Sinagoga azul de predicar amor, se arrojó a sus pies, y con voz torturada y temblorosa, chocando sus palabras de emoción, le dijo:

—Escucha, Rabbí Jesús, las razones de mi boca y los anhelos de mi corazón, que son más fuertes que los instintos y pasiones que me cegaron tanto a los humanos; dé tu boca, Rabbí, quiero recibir sabiduría, perdón y caridad. He oído a la tórtola en el valle, y su canto me parece menos dulce que tus palabras, y su armonía menos rítmica que la de sus sentencias; por eso acudo a tí, para escucharte en mi oración.

A las primeras palabras de la pecadora, Jesús tuvo una sonrisa de piedad. Vibró su ánimo de lástima por la flaqueza de aquella mujer, y la previno de